



# Pasados periféricos

## Historia y memoria en el Nordeste argentino

María Silvia Leoni · María Núñez Camelino  
COORDINADORAS

Josefina Cargnel · Alicia Belén Montenegro  
María Gabriela Quiñonez · María de Mar Solís Carnicer  
María Silvia Leoni · María Alejandra Zurlo  
Tomás Elías Zeitler · Pablo Javier Sánchez  
Juan Manuel Arnaiz · María Núñez Camelino

---

Pasados periféricos : historia y memoria en el Nordeste argentino / Josefina Cargnel ... [et al.] ; compilación de María Silvia Leoni ; María Núñez Camelino ; coordinación general de María Núñez Camelino ; María Silvia Leoni. - 1a edición para el alumno - Corrientes : Editorial de la Universidad Nacional del Nordeste EUDENE, 2022.  
Libro digital, PDF - (Ciencia y técnica)

Archivo Digital: descarga  
ISBN 978-950-656-205-2

1. Historia Regional. 2. Historia. 3. Memoria. I. Cargnel, Josefina. II. Leoni, María Silvia, comp. III. Núñez Camelino, María, comp.  
CDD 306.0982

---

**Edición:** Graciela Barrios Camponovo  
**Corrección:** Irina Wandelow  
**Diseño y diagramación:** Julia Caplan



© EUDENE. Secretaría de Ciencia y Técnica,  
Universidad Nacional del Nordeste, Corrientes, Argentina, 2022.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.  
Reservados todos los derechos.

25 de Mayo 868 (CP 3400) Corrientes, Argentina.  
Teléfono: (0379) 4425006  
eudene@unne.edu.ar / www.eudene.unne.edu.ar

# Pedro Lozano, a través de los catálogos de la Compañía de Jesús

Josefina Cargnel

*Se ha dicho y con razón que es Lozano para los historiadores argentinos,  
uruguayos y paraguayos, lo que Tácito para los ingleses,  
César para los franceses y Tito Livio para los italianos.  
Es nuestro historiador por antonomasia.*  
Guillermo Furlong

La Compañía de Jesús es una orden religiosa formada por Ignacio de Loyola a mediados del siglo XVI con una sede central en Roma y sus miembros distribuidos por todo el mundo con la misión como objetivo principal. Desde sus orígenes, le otorgó a la escritura un papel fundamental al utilizarla para la formación de sus integrantes, para dar cuenta de las tareas que realizaban, para conseguir nuevas vocaciones e influencias en las cortes europeas, así como para exponer los trabajos de teólogos, naturalistas y lingüistas, entre otros. Nuestras investigaciones están centradas en la historiografía de la Orden y en los historiadores designados para escribir la historia de las acciones de la Compañía en el mundo conocido. De estas indagaciones se desprende el trabajo que aquí presentamos, centrado en el historiador de la Provincia del Paraguay, Pedro Lozano, quien escribió numerosas obras entre las que se cuentan cartas anuales, informes, anotaciones y cuatro obras históricas: *Descripción del Chaco*, *Historia de las revoluciones*, *Historia de la conquista* y la *Historia de la Compañía*, que lo convirtieron en una figura fundamental de la historiografía del Río de la Plata. Cualquier estudio que recorra los siglos XVII y XVIII de la provincia jesuítica mencionada incorpora sus escritos para hablar de las Misiones jesuíticas, de los pueblos indígenas o de los procesos vividos por las ciudades coloniales; es necesaria la lectura de las obras de este autor. Sin embargo, su vida dejó poco rastro documental, y su biografía fue reconstruida por los historiadores de fines del siglo XIX y principios del XX al momento de editar sus obras a través del poco rastro documental que dejó.

Nos proponemos en esta ocasión realizar un recorrido por la vida de Lozano a través de los catálogos que sus superiores realizaron para dar cuenta de su formación y sus acciones. Consideramos que ese camino nos permitirá reconstruir su figura para comprender la importancia que le otorgaron los historiadores decimonónicos y el lugar que ocupa hoy en la historiografía rioplatense.



## LAS PRIMERAS BIOGRAFÍAS DE PEDRO LOZANO

Andrés Lamas, en 1870, fue uno de los primeros en rastrear su devenir personal al momento de editar *La historia de la conquista*. Después de él completaron la biografía de Lozano, Carlos Sommervogel<sup>1</sup>, Pablo Hernández<sup>2</sup>, Samuel Lafone Quevedo<sup>3</sup> y Enrique Peña<sup>4</sup>, a los que se sumaron Carlos Leonhardt<sup>5</sup>, Efraín Cardozo, Rómulo Carbia y Andrés Radamés Altieri<sup>6</sup>. Estos autores realizaron pesquisas biográficas sobre la figura de Lozano con diferentes objetivos, algunos para acompañar las ediciones de sus obras que habían quedado inéditas y otros, como Sommervogel, como un eslabón más en la cadena de jesuitas a destacar en el accionar de la Compañía a nivel mundial.

Paralelamente a algunas de las publicaciones de este grupo, pero destacándose por la dedicación, debemos citar los estudios de Guillermo Furlong<sup>7</sup>, quien, en su *El P. Pedro Lozano, S.J. su personalidad y su obra* (1930), ampliado después en *Pedro Lozano y sus observaciones al Manifiesto de Vargas* (1950), se dedicó a rastrear a través de documentos «de casa y de afuera» los restos de la vida de Lozano, así como a completar la bibliografía agotando los estudios publicados e inéditos que realizó durante su vida. Ambos libros

---

1. Carlos Sommervogel (1834-1902) ingresó a la Compañía en 1853. Fue designado para revisar la edición de la *Bibliothèque* que estaba por ser editada y años más tarde fue designado coautor de la edición de la *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus* publicada entre 1869-1876. Desde 1890 se dedicó a revisar y reunir material para una nueva edición de la *Bibliothèque* que incluye todo tipo de entradas relativas a cargos, ocupaciones y jesuitas.

2. Pablo Hernández Gimeno (1852-1921) ingresó a la Compañía de Jesús donde se formó como historiador e investigador. Fue enviado a América para realizar tareas de búsqueda bibliográfica y documental en los distintos archivos; en esa búsqueda también recorrió los restos que quedaban en pie de las antiguas misiones para brindar material a las historias que escribía Antonio Astrain.

3. Samuel Lafone Quevedo (1835-1920) fue un intelectual uruguayo que, instalado en Catamarca, realizó numerosos viajes para estudiar la historia de los pueblos indígenas de la zona. Se vinculó a los historiadores de su época formando parte de la Junta de Historia y Numismática. A principios del siglo XX se mudó a Buenos Aires y se hizo cargo de la dirección del Museo de La Plata, desde donde escribió numerosas obras sobre la cultura y las lenguas indígenas.

4. Enrique Peña, vinculado al ambiente intelectual de principios de siglo, fue quien consiguió y facilitó uno de los manuscritos de Lozano para su publicación.

5. Carlos Leonhardt (1869-1952) llegó a Buenos Aires en 1919 y desde el Colegio del Salvador se dedicó a los estudios históricos, vinculándose a los historiadores del momento. Realizó importantes compilaciones documentales y bibliográficas, así como publicaciones de documentos, de las cuales la más conocida es la colección de Cartas anuales que realizó junto a Emilio Ravignani.

6. Andrés Radamés Altieri (1903-1942) tuvo a cargo la dirección del Instituto de Etnología de la Universidad de Tucumán entre 1938 y 1942. Además de dar clases de etnografía y prehistoria en dicha facultad, se dedicó a la reedición de obras de la época colonial como fuentes de información sobre los grupos indígenas del Noroeste argentino y del Gran Chaco que permitían la interpretación de los contextos arqueológicos y de las lenguas de pueblos desaparecidos.

7. Guillermo Furlong (1889-1974) ingresó a la Compañía de Jesús en Córdoba y tuvo un papel primordial en la construcción de la Historiografía colonial vinculada al papel que la Iglesia católica había tenido en ella. Vinculado a los historiadores de la época, fue parte de la Academia Nacional de la Historia y uno de los fundadores de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina.

son de suma importancia, ya que reúnen todos los estudios realizados hasta esa fecha. Pero el segundo lo es en particular por la facilidad de su acceso, al ser parte de la colección *Escritores coloniales rioplatenses* que Furlong realizó sobre distintos jesuitas y que fueron publicados entre 1952 y 1972 y, además, porque posee la biobibliografía más completa de Lozano que mantiene su vigencia entre las realizadas hasta el momento. En esta colección Furlong presentó todas las obras, las traducciones y los informes que realizó antes y después de ser designado como historiador.

Sin embargo, estos investigadores, que desempeñaron su trayectoria hasta la mitad del siglo XX, no citaron directamente los catálogos públicos y secretos que la Compañía poseía, por lo cual en esta oportunidad nos concentraremos en abordar su biografía desde estos documentos que eran parte de la escritura «no mostrable» de la Compañía. Estos catálogos eran listados o inventarios ordenados siguiendo un criterio, como el de padres y hermanos jesuitas con características personales de cada miembro, utilizados para uso interno con el fin de dar una mejor distribución del personal (Perrone, 2018).

## EL AUTOR. LOS DATOS BIOGRÁFICOS

La escritura de Lozano se entiende a partir de la definición de nuestro actor mediante su pertenencia a una orden religiosa, por esto es necesario tener presente que, en el siglo XVIII, una orden religiosa se entendía como una organización de sacerdotes o laicos, ya fueran hombres o mujeres, que adherían a una forma de vida según lo dispuesto por cada congregación, con un reglamento que obedecía a los pedidos de la Iglesia y un poder centralizado y jerárquico propio. Así, la Compañía se conformó «como un cuerpo fuertemente jerarquizado, cuyo centro fue el cuartel general en Roma, el cual recibía y emanaba información y directivas a misiones y colegios distribuidos por toda Europa, América y Asia» (Justo, 2006: 94).

Dentro de este microcosmos podemos rastrear los datos biográficos de Pedro Lozano siguiendo los catálogos que llevaba la Compañía de los jesuitas que residían en sus colegios que no han sido citados en los estudios anteriores. Estos catálogos, que se adjuntaban a las cartas annuas<sup>8</sup> y debían enviarse a Roma cada tres años, eran listados donde se reseñaban los datos de todos los jesuitas que podían hallarse en cada provincia, distinguiendo los que estaban en cada colegio, en las Misiones o en las estancias. Como señala Justo (2006: 94)

Los catálogos públicos y secretos estaban organizados como una planilla de doble entrada y en forma de cuadrícula, encabezados por el título con los años y subtítulo con los nombres de los colegios, residencias y reducciones... El catálogo secreto, con el mismo diagrama del

---

8. Las cartas annuas eran informes anuales, aunque no siempre respetaron esa temporalidad, en los cuales el provincial debía enviar a Roma un informe anual de las actividades que se habían realizado en la provincia que tenía a su cargo. Las cartas eran un dispositivo de gobierno, de control y que también otorgaba unidad a una institución que estaba dispersa en el mundo conocido.

público, pero sin subtítulos, era una evaluación del total del personal, pero se reemplazaban los nombres de las personas por números, por lo que debía leerse con un listado adjunto que unía los números a los nombres del personal.

En el *Catalogus Publicus Provinciae Paraquaria*, de carácter público, se consignaban los siguientes datos: nombre, lugar de nacimiento, edad, fecha de ingreso a la Compañía, el puesto en el que se desempeñaba y la «fuerza» entendida como su salud física y sus condiciones de salud (RAE, 1729), que se distinguían según tres niveles (íntegro, medio y débil), los estudios y los votos que poseía dentro de la Orden.

En este documento se destacaban otras cualidades de cada integrante. Se señalaba el *ingenium*, entendido como la «facultad o potencia (sic) en el hombre, con que sutilmente discurre o inventa trazas, modos, máquinas (sic) y artificios, o razones y argumentos, o percibe y aprehende fácilmente las ciencias» (RAE, 1726). El *judicium*, el discernimiento, era considerado como la «potencia o facilidad intelectual, que le sirve al hombre para distinguir el bien del mal, y lo verdadero de lo falso» (RAE, 1729). El discernimiento además tenía características particulares dentro del mundo jesuita, ya que iba de la mano de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. También se señalaba en ellos la *prudencia*, «una de las cuatro (sic) virtudes cardinales que enseña al hombre a discernir y distinguir lo que es bueno o malo (sic), para seguirlo, o huir de ello» (RAE, 1729); y la *expertia*, que era el «conocimiento y noticia de las cosas, adquirida por el uso y práctica de ellas» (RAE, 1729). La *profectus in litteris* refería los avances en las letras o cuanto aprovechaba de las letras, entendiéndolas como «las ciencias, artes y erudición» (RAE, 1729). La *naturalis complexio* hacía referencia al carácter o a su temperamento y el *talentum ad ministeria*, con el que señalaban la capacidad para desempeñar las tareas sacerdotales como confesar, dar misa, etc., ya que «ministeria» era «el oficio, ocupación o cargo que toca o pertenece ejecutar a cada uno, en utilidad pública o particular» (1729). Estos ítems se «evaluaban por medio de una serie de calificativos del tipo bueno, malo, regular, mediocre, óptimo» (Justo, 2006).

Hemos utilizado los catálogos desde 1715 – el primero en el que aparece Lozano – hasta 1753 en el que consta su fallecimiento. Estos obran en el Archivo Central de la Compañía de Jesús (*Archivum Romanum Societati Iesu*, en adelante Arsi), en el Fondo *Paraquaria* que conserva en varios tomos diferentes cartas, archivos y libros, entre otra documentación de esta provincia.

Según estos archivos, Pedro Lozano nació en Madrid el 16 de junio de 1697, ingresó a la Compañía el 6 de junio de 1712 y aunque se ignora el año exacto en que llegó a América, ya que no consta en los catálogos, podemos inferir que fue entre 1712 y 1715, puesto que no aparece en el catálogo de 1710 y en el de 1715 ya figura residiendo en el Colegio de Córdoba (Arsi, Paraquaria 6, folio 061). Asimismo, por algunos datos de sus escritos, Furlong estableció que había arribado al Río de la Plata en 1714, después de solicitar ser asignado a las Misiones jesuíticas de la provincia paraguaya. Sommervogel, sin detallar la fuente, afirmaba que partió hacia Paraguay en 1712, mientras que Leonhardt concluía que debió haber arribado en 1717 por la cantidad de misioneros que llegaron al Río de la Plata y por lo que implicó la llegada de esa comitiva que fue comentada en las congregaciones provinciales (Leonhardt, 1925).

El primer catálogo en el que aparece Lozano, fechado y firmado en 1715 por el Padre Provincial Luis de la Roca, además de sus datos filiatorios, nos permite conocer que residía en el Colegio de Córdoba y era «íntegro» en cuanto a su fuerza —entendiendo que contaba con buena salud—, que se encontraba entre los estudiantes de latinidad, de acuerdo con sus *gradus in societatis* y que todavía no ocupaba ningún cargo. Según el catálogo secreto, el Padre Provincial (PP, en adelante) daba cuenta de que Lozano era inteligente, módico de juicio, que tenía prudencia suficiente, que no poseía experiencia, pero su aprendizaje era bueno, aunque su temperamento era colérico, y en cuanto a sus talentos, estaban restringidos al trabajo con «hispanos» (Arsi, Paraquaria O6, folio O71), como les llamaban a los indígenas en los catálogos.

Cinco años después, en 1720, el catálogo realizado por el PP José de Aguirre reseñaba que había ingresado a la Compañía —a diferencia del catálogo anterior— el 7 de diciembre de 1712. Con respecto a los datos filiatorios, repetía los del catálogo anterior y señalaba que ya poseía tres años de estudios de Filosofía y dos de Teología, y que residía aún en el Colegio de Córdoba (Arsi, Paraquaria O6, folio O80). Había terminado el noviciado, ya que consta en el catálogo *vota biennium*, que hace referencia a los votos que nos permiten saber que había terminado el noviciado.

En el catálogo secreto se señala que tenía buen carácter, juicio intermedio, que avanzaba en su formación, aunque seguía sin tener experiencia, que tenía poca prudencia, que mantenía su temperamento colérico y que poseía talentos para la prédica entre los indígenas (Arsi, Paraquaria O6, folio O93), de esto inducimos que ya conocía alguna lengua indígena, lo que lo habilitaba a dar los sermones a los nativos, sumado al juicio que poseía para distinguir las cuestiones que debían ser omitidas. Debemos destacar que, en el oficio de la Misa, de acuerdo con las reglamentaciones postridentinas, el sermón como explicación del Evangelio era lo único que estaba permitido enunciar en lenguas vernáculas y de frente al público, ya que era considerado una pieza clave en la liturgia para generar impacto a través de la exhortación (Negredo del Cerro, 1996). Por lo tanto, el dominio de las lenguas indígenas, así como la prudencia, eran fundamentales para un sacerdote.

A través del catálogo público de 1724, realizado por el PP Luis de la Roca que había sido designado nuevamente, ubicamos a Pedro Lozano en el Colegio de Santa Fe como profesor. Debía ocuparse de la Congregación de indios y negros, y de la lectura de una clase de Gramática, a lo que sumaba las tareas de prefecto de colegio y prefecto de salud. El resto de los datos se repiten de los catálogos anteriores, aunque lo consigna como «Ministerio: operario 1», es decir, tenía un año ejerciendo como sacerdote (Arsi, Paraquaria O6, folio 115v).

De acuerdo al catálogo secreto del mismo año, poseía buen carácter, buen juicio, prudencia intermedia, «alguna experiencia», buen progreso en el aprendizaje y su temperamento era «sanguíneo» (Arsi, Paraquaria 6, folio 130), y remarcaban su conocimiento de lenguas indígenas. Sabemos que, para 1724, después de haber realizado la Tercera Probación, que «era como un segundo noviciado consagrado sobre todo a la vida espiritual» (Furlong, 1959: 15), fue destinado a Santa Fe desde donde Furlong supuso que comenzó con sus trabajos bibliográficos, aunque todavía no hubiera sido designado como historiador provincial. También allí se desempeñó, según Furlong, como profesor de Filosofía y Teología, aunque no refiere las fuentes de las cuales obtiene estos datos y nada de esto aparece en el catálogo.

El catálogo público de 1730 confeccionado por el Padre Provincial Jerónimo Herrán (Arsi, Paraquaria 6, folio 168v) lo situaba como *Praeternisi* en el Colegio Máximo de Córdoba.

Esto significaba que estaba en el colegio, pero que no pertenecía a este, sino a otra comunidad y que temporalmente había sido trasladado hasta el Colegio de Córdoba. Quizás por eso Furlong sostuvo que vivía en Santa Catalina. Se consignaba como su ocupación principal o cargo el de *historiographus provinciae*, con tres años de estudios de Filosofía y cuatro de Teología. Entre sus tareas figuraba que ya tenía cinco años como operario, es decir que había sido consagrado cinco años antes y hacía cuatro años se desempeñaba como lector de Gramática. Sobre su *gradus in societatis*, el catálogo registra que había «profesado» el 15 de agosto de 1730, en otras palabras, que en esa fecha había realizado los votos de pobreza, castidad y obediencia, a los que se sumaba la promesa de obediencia al Sumo Pontífice, llamado «Profesión de cuatro votos» (Arsi, Paraquaria 6, folio 149v). El catálogo secreto afirma que tenía buena capacidad intelectual, juicio suficiente, prudencia intermedia, carácter templado y que poseía conocimientos de lenguas indígenas, aunque no aclara cuáles.

El catálogo público de 1735, realizado por Diego de Aguilar, lo situaba nuevamente en el Colegio Máximo de Córdoba, con el cargo de *historiographus provinciae* como su ocupación principal, repitiendo los otros datos consignados sobre edad, patria, sus estudios y su grado en la Compañía; variaban solamente los años que tenía como operario, que habían aumentado (Arsi, Paraquaria 6, folio 175v). El catálogo secreto de 1735 mantiene las apreciaciones del anterior, aunque señala que ya poseía experiencia suficiente y mantenía templado su carácter (Arsi, Paraquaria 6, folio 179v).

De aquí en adelante, los catálogos públicos de 1739, realizados por Antonio Machoni, y el de 1744 (Arsi, Paraquaria 6, folio 216, 253), firmado por Bernardo Nusdorffer, mantuvieron estos datos variando solamente los años que Lozano iba sumando como operario de la Orden. En cuanto a las características de su personalidad, el catálogo secreto que acompañaba al de 1739 repetía la información de los anteriores en cuanto a la inteligencia, sus talentos y sus estudios, aunque afirmaba que poseía juicio suficiente, alguna prudencia y experiencia, mientras que su temperamento era colérico (Arsi, Paraquaria 6, folio 233). El catálogo secreto de 1744 señalaba que poseía juicio suficiente, prudencia intermedia, que su temperamento era algo colérico y entre sus talentos destacaba *scribenda historiae* (Arsi, Paraquaria 6, folio 267), lo que nos permite afirmar no solo que esta era su única tarea, sino que el Padre Provincial también consideraba que tenía talentos para ello. Asimismo, se le señalan talentos como *ad concionandum*, que significaba que era predicador. En este sentido, todos los jesuitas podían predicar, pero a algunos se les remarcaba su talento, como a Lozano, tanto para escribir como para realizar las prédicas, ya que el sermón, además de la explicación del Evangelio, era el vehículo transmisor de pautas de comportamiento.

De acuerdo con el catálogo público de 1748, firmado por el PP Manuel Querini, sumaba a sus ocupaciones la de consultor de colegio (Arsi, Paraquaria 6, folio 288). El consultor era una figura dentro de la organización jesuítica que funcionaba como consejero de los provinciales, que estaba obligado a realizar la consulta, aunque podía decidir en forma independiente. Entre los deberes de los consultores, según el *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús* retomados del *Instituto Societatis Iesu*, constaban:

la fidelidad a su cometido sin asumir parte alguna en el gobierno [...] la libertad de espíritu al expresar su opinión con sinceridad y modestia; la obediencia de juicio a la decisión final del

superior; la capacidad para guardar secretos; el respeto por la persona del superior; y la escritura de relaciones ex officio al General. (O'Neill y Domínguez, 2001: 935)

El acto de consulta se replicaba en las distintas escalas del gobierno, así el Padre Provincial se reunía en consulta con tres consultores, a los que podían sumarse para tratar temas específicos los expertos que podrían incluir un especialista en moral, el procurador, el rector de una casa, entre otros consultores extraordinarios. A su vez, los rectores de cada colegio o superiores tenían la obligación de reunirse y escuchar a la consulta antes de tomar una decisión. La designación de Lozano como *consultor de Colegio* permite inferir que, como se señalaba en el catálogo secreto, poseía juicio, prudencia e inteligencia suficiente, por lo cual su opinión y sus consejos debían ser escuchados por su superior (Arsi, Paraquaria 6, folio 321).

Los últimos trabajos que remiten a su autoría son los documentos y las reclamaciones que los jesuitas presentaron con relación al Tratado de Límites de 1750, uno de los cuales estaba firmado por Lozano. Después de esto, Lozano desapareció de la escena y no hay noticias en los documentos relativos a la expulsión de los jesuitas, por lo que Lamas supuso que habría fallecido o salido de estos territorios antes de 1767. Pero las investigaciones posteriores de Rómulo Carbia y Guillermo Furlong consignaron su fallecimiento en 1752, en la ciudad de Humahuaca, en un viaje que realizaba hacia la ciudad de La Plata en el Alto Perú, para reclamar ante el Virrey y la Audiencia por las consecuencias para las Misiones Orientales del tratado mencionado. Podemos confirmar a través del catálogo de 1753 que había fallecido el año anterior como consignó Furlong, ya que no aparecía en el Colegio cordobés, mientras que se asigna como ocupación de José Guevara la de *historiographus*. Al final del catálogo donde se señalaban las defunciones, las incorporaciones y las profesiones, señalaba el PP José Barreda el fallecimiento de Pedro Lozano en Humahuaca el 8 de febrero de 1752.

A las tareas reseñadas de acuerdo con los catálogos, podemos agregar, siguiendo a Furlong, la de «Resolutor de casos de Conciencia» (Furlong, 1959: 20). Este señalaba que Lozano no residía en el Colegio de Córdoba, sino en la estancia de Santa Catalina, y que en ella estaba establecido cuál era su dormitorio, ya que «la tradición aún señala, como advirtió Groussac, la pieza que en Santa Catalina ocupaba otrora Lozano, esto es la ubicada en la esquina izquierda de la galería alta, detrás de la Iglesia» (Furlong, 1959: 21).

Sin embargo, ya desde su residencia en Santa Fe, Lozano habría iniciado su tarea como historiador comenzando con la traducción de algunas obras para luego embarcarse en la escritura de la *Descripción del Chaco*. Y desde esta ciudad que era un punto de convergencia en las comunicaciones entre las Misiones y Buenos Aires, así como de las rutas Asunción-Potosí o Asunción-Córdoba, lo que lo ubicaba en un lugar en el cual podía recibir noticias de todas las provincias sin moverse del colegio.

## EL CARGO DE HISTORIADOR

La figura de Pedro Lozano se define a partir de su trabajo como historiador, ya que la designación como *historiographus provinciae* implicaba que el resto de su vida misional estaría dedicado casi exclusivamente a los trabajos de investigación histórica, «figurando

en los catálogos de la Orden como historiador de la Compañía de Jesús» (Furlong, 1959: 59). Aunque muchos jesuitas se destacaron con sus obras científicas, estas excedían sus trabajos de misioneros, ya que no estaban entre las funciones que se le asignaban. Lozano, en cambio, había sido designado específicamente para esto, al igual que anteriormente otros de sus compañeros y Guevara después de su muerte. Por esto se señala que su tarea misional era escribir la historia y de allí lo significativo que, dentro de una orden misionera, la escritura fuera su misión. Durante el siglo XVI, la Compañía no asignaba un lugar central a la actividad intelectual, porque esta no era constitutiva de la identidad jesuita, ya que el misionero ideal era aquel que estaba asociado a la idea de movilidad con la cual la institución se representaba en sus comienzos. Avanzado el siglo XVII y durante el XVIII, esta idea fue transformándose al establecerse la orden en colegios y en reducciones, por lo cual se sedentarizaba, asumiendo un compromiso con la enseñanza (Romano, 2007) cambiando así el ideal de jesuita.

Dentro de los jesuitas dedicados a las actividades intelectuales, Acquaviva señalaba en sus instrucciones las condiciones que debían reunir los historiadores, indicando que el Padre Provincial debía encontrar a la persona acertada que pudiera encargarse de esta tarea, brindándole el acceso a los «papeles» para que remitiesen a Europa las noticias que nutrirían las historias de la Compañía:

Si ha conocido algo relevante para la Provincia que pueda suministrar materia a esta empresa, investigue con exactitud en los archivos evidentemente ilustrados [...] también una vez que hayan sido interrogados tanto los nuestros como los de afuera dignos de Fe, se discernirá si aquellos pueden referir algo útil de ser recordado en torno a las cosas realizadas por la Compañía. (Alcántara Bojorge, 2009: 68)

Entre las capacidades que los historiadores debían poseer se señalaba especialmente que pudieran disponer del tiempo que necesitaban, entendiendo que era una tarea ardua: «por la magnitud de la empresa y el cuidado que exige un asunto de tal importancia, ha sido difícil encontrar una persona a la cual fuera impuesto este trabajo» (Alcántara Bojorge, 2009: 68). Si bien los autores que estudiaron la figura de Lozano a principios de siglo consideraron especial su designación para las tareas historiográficas, estas *instrucciones* nos permiten entender que el cargo de historiador debía integrar la estructura de las provincias, aunque las designaciones no siempre se llevaran a la práctica.

En este sentido, entre las virtudes que debían tener los historiadores, Juan de Velazco, historiador de la Provincia de Quito, señalaba la capacidad para discernir lo verdadero de lo falso, la prudencia y el juicio, así como la capacidad para abordar los acontecimientos más allá del aquí y del ahora (Alejos Grau, 2007). Estos aspectos señalados por Velazco también nos permiten acercarnos a la personalidad de Lozano a través de los catálogos. La información que brindan, especialmente la de los catálogos secretos, permite realizar algunas inferencias sobre su designación como historiador.

Entre sus capacidades, los provinciales destacaban de Lozano su habilidad para presentar argumentos sobre las cosas, su juicio para distinguir lo verdadero de lo falso, así como la prudencia, remarcando que era una virtud fundamental para discernir lo bueno de lo

malo; estas debieron haber sido fundamentales para su elección. A su vez, esto coincide con la experiencia que poco a poco fue ganando en las tareas que le encomendaban, así como sus avances en las letras entendidas como las ciencias, las artes y la erudición. En todos estos conceptos, Lozano fue calificado como bueno, óptimo o suficiente, lo que iba de la mano con las condiciones que, según Acquaviva, debía tener la persona a quien se designaba para estas tareas.

El general Acquaviva señalaba asimismo que, por las dificultades que implicaba este trabajo, quien fuera propuesto debía poseer la capacidad física, es decir que no tuviera «achques» de salud. Sobre esta cuestión, los catálogos nos permiten afirmar que Lozano gozaba de una buena salud, condición que se mantuvo durante su vida dentro de la Compañía, ya que siempre fue señalado como *íntegro* entre sus *vires*. En este sentido, si constituía la voz oficial de la Compañía, es llamativo que su temperamento fuera considerado por los provinciales como colérico o sanguíneo, aunque para algunos hubiera conseguido moderarlo y templarlo con los años. Podemos inferir que esta podría ser una de las razones para no publicar sus obras. Sin embargo, debemos considerar que estos catálogos se basaban en el criterio de cada provincial y seguramente esta escritura también estaba influenciada por las relaciones interpersonales de los miembros de la Orden.

En cuanto a las virtudes que debían tener los historiadores jesuitas, Juan de Velazco remarcaba que debía ser un escritor verídico, sin dar «una fábula por Historia» (Alejos Grau, 2007: 40). Planteando así que el historiador no debía ser crítico, sino imparcial, ya que la única necesidad era resaltar la verdad mediante los testigos para no exagerar ni deformar la realidad y, por eso, señalaba Velazco: «no me expongo a ser desmentidos por que tengo millones de testigos» (Alejos Grau, 2007: 40). Aquí podemos hacer un paralelo con las palabras de Lozano, quien afirmaba lo siguiente: «procuraré con el esfuerzo posible que solo se gobierne mi pluma por el seguro rumbo de la verdad que es la senda que en tales asuntos encamina al acierto» (Lozano, 2010: 5).

La designación de historiador nos obliga a incorporar las *Historias* de Lozano dentro de la producción oficial de la Compañía, lo que implica que, pese a las diferencias propias que pudiera tener con los actores de su tiempo, ya fueran las autoridades civiles de la provincia como el gobernador, los cabildantes o los vecinos, los obispos u otros religiosos, Lozano siempre brinda una escritura en la que remarca la defensa de la Orden y de la actuación de sus misioneros. Probablemente, el ser esta voz oficial es lo que lo señaló como redactor de las reclamaciones de la Compañía contra el Tratado de Límites celebrado entre las coronas de España y Portugal en 1750.

No existen biografías de Lozano o relatos sobre su vida realizados por sus contemporáneos. Solo podemos destacar la semblanza que se realiza en la carta anual que consigna su muerte y los escritos de Guevara en el prólogo de su obra, quien remarcaba que Lozano era un «hombre docto» y un escritor «diligente y erudito». Sin embargo, podemos pensar que señalar estas características le permitían identificarse al mismo tiempo con esos valores, destacando sus propias condiciones al empalmarse, en una espiral historiográfica, con los historiadores anteriores que la provincia había tenido.

## CONSIDERACIONES FINALES

La producción de Lozano, como historiador de la Compañía de Jesús para la provincia paraguaya, recibió con posterioridad a su accionar un lugar eminente dentro de la historiografía jesuítica rioplatense debido a sus obras referidas a la tarea de la Compañía. Sin duda, al analizar su producción, debemos tener en cuenta su designación que lo convertía en la voz oficial de la Orden, pero solo la designación no lo hace una figura destacable, ya que otros historiadores del Paraguay no fueron merecedores de las opiniones ambivalentes que recibió Lozano, tanto elogios como críticas.

Este autor ha sido considerado a lo largo de los siglos XIX y XX como uno de los historiadores fundantes de la historiografía rioplatense, aunque su papel en la Compañía ha dejado pocos rastros documentales en los archivos, más allá de lo que hemos presentado a través de los catálogos. Esto nos permite pensar que la importancia de su figura fue resaltada durante los siglos XIX y XX por los historiadores que se dedicaron a publicar las obras de Lozano, que habían permanecido inéditas, como parte de la construcción del pasado argentino. A partir de la importancia que asignaron a sus obras para dicha reconstrucción, subrayaron la figura del autor considerando que este fue el más fecundo y destacado de los cronistas de la Orden, generando una imagen que no es compatible con el poco rastro documental que él ha dejado.

Tanto la dimensión como el detalle de sus descripciones históricas fueron reconocidas posteriormente y las publicaciones de las obras de Lozano acompañadas de los principales estudios sobre su figura, junto a las publicaciones de otras obras jesuíticas, se enmarcan en un contexto metodológico en el cual comienzan a realizarse los primeros ensayos de historiografía, junto a las compilaciones de textos y la publicación de documentos. El uso de estas obras como fuente factual permitía acercarse a la construcción del pasado «tal cual sucedió», ya que se les reconocía su gran valor descriptivo y documental.

Después de las compilaciones documentales y la publicación de algunas de ellas que realizó Pedro de Angelis, el primer estudio sobre Lozano que acompaña la publicación de su obra perteneció a Andrés Lamas. Dedicado al estudio del pasado rioplatense y alineado entre los historiadores que consideraban que la verdadera historia estaba en los documentos inéditos –que requerían de la crítica interna y externa– fue uno de los que, al rescatar las crónicas jesuíticas para la edición en su *Colección de obras y documentos para la historia del Río de la Plata*, realizó importantes valoraciones sobre la figura de Lozano. Lamas señalaba las consideraciones de los autores previos a sus estudios que habían destacado algunas características de Lozano, entre estas opiniones remarcaba las de Estrada, quien afirmaba:

es el P. Pedro Lozano el verdadero analista, que ha trabajado sobre documentos originales formando a costa de una gran laboriosidad el libro en que han bebido todos los que después de él se han ocupado de la época que abrazó. (Lamas, 1882, XV)

Aunque Estrada reconocía al mismo tiempo la falta de estilo y el trato desigual a cuestiones anecdóticas, como acontecimientos relevantes de la vida civil señalando:

lo superabundante de sus narraciones, la gran extensión dada a episodios de menor importancia y el andar dificultísimo con que marcha, distraen por las noticias insignificantes que agrupa, de los verdaderos hechos saltantes que es preciso recoger en esta crónica minuciosa con no pequeño trabajo. (Lamas, 1882, XV)

Esta ambivalencia puede observarse en las opiniones de todos los autores que rescata Lamas, por lo cual consideraba que situando al actor en su momento de escritura era fácil comprender los errores que se le marcaban desde el siglo XIX.

Rómulo Carbia, nucleado en la Nueva Escuela Histórica, con su obra *Historia de la historiografía argentina*, señalaba la instauración de una nueva imagen de historiador que partía de su relación con los documentos como «piedra fundamental» de la reconstrucción del pasado. La crítica interna y externa de los documentos eran la base del trabajo del historiador a partir del modelo alemán según el cual se «privilegiaba la recolección de documentos por intermedio de una rigurosa crítica de los mismos a través de un conjunto de técnicas preestablecidas» (Eujanian, 2003: 90-91). Desde esta perspectiva, compartía la valoración sobre Lozano, remarcando la utilización de los documentos y el rigor informativo, ya que a pesar de afirmar que Lozano creía en milagrerías, consideraba lo siguiente: «su crónica constituye la piedra fundadora de nuestro mayor edificio historiográfico» (Carbia, 1940: 25).

La figura de Lozano también fue estudiada por historiadores de la propia Compañía, quienes, al momento de reconstruir la historia de estas regiones, hicieron sus valoraciones sobre los autores y las obras rioplatenses. Sommervogel, Astrain, Leonhardt y Furlong criticaban su estilo, aunque ponderaban el tesoro de noticias que había conseguido y por lo cual se había convertido en punto de partida de nuevas investigaciones. Sommervogel no se dedicó exclusivamente a la figura de Lozano, sino que recolectó material sobre él y su producción como una de las entradas de su *Biblioteca*. Antonio Astrain, en cambio, había sido encargado por el general Luis Martín a principios del siglo XX para escribir la «historia definitiva» de la Compañía. Por esto redactó en varios volúmenes la *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España* incorporando en ella la provincia paraguaya. Para este trabajo le encargó a Hernández que le consiguiera los documentos y la información necesaria para escribir esta historia. Sobre Lozano, Astrain afirmaba:

Escribe en el lenguaje castizo y corriente del siglo XVIII con una facilidad envidiable y sus libros podrían proponerse como ejemplo de estilo histórico, si la excesiva difusión no echara a perder tan buenas cualidades. Hoy en día lo que se estima en Lozano es principalmente su mérito científico, esto es, el caudal de noticias que adquirió sobre aquellas tierras. (Astrain, 1912: 214-215)

Leonhardt y Furlong, por su parte, se vincularon con los historiadores de la Nueva Escuela Histórica que, agrupados alrededor de Emilio Ravignani<sup>9</sup>, conformaron nuevos

---

9. Emilio Ravignani (1886-1954) fue uno de los historiadores destacados de la Argentina de principio de siglo. Fue uno de los fundadores de la Nueva Escuela Histórica que sentó en nuestro país las bases científicas de la disciplina, remarcando el hacer historia a través del método científico. Fue profesor de Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y director del Instituto de Investigaciones Históricas que hoy lleva su nombre y que nuclea desde su fundación a los historiadores más destacados del ámbito científico argentino.

espacios institucionales e impulsaron la imagen de un historiador profesional compartiendo métodos e intereses sobre el hacer historiográfico. Ambos consideraban que las obras de Lozano constituían un monumento de la historiografía jesuítica y rioplatense porque utilizó para redactarlas los archivos de las provincias e intentó abordar diferentes aspectos de la vida de estas regiones.

Al mismo tiempo, mientras que sus compañeros de Orden remarcaban la figura y los trabajos de Lozano, otros lo cuestionaban al señalar que comprometía la dignidad de la Historia por la facilidad con que aceptaba algunas tradiciones vulgares. Para defender su figura, Furlong afirmaba:

esto es un vicio de la época [...] Por lo demás al lector moderno le sobra criterio para saber qué cosas ha de tomar o no como históricas y cuales son preocupaciones o creencias supersticiosas de la época, aprovechando lo uno y descartando lo otro. (Furlong, 1946: 46)

Desde Paraguay, Efraín Cardozo, quien estaba vinculado al ambiente político e intelectual de la época y poseía al mismo tiempo vínculos con los historiadores argentinos de la Nueva Escuela Histórica, destacaba la probidad, modestia y delicadeza de conciencia, reconociendo la superioridad de Lozano sobre otros trabajos gracias a su historia documentada que constituye un eslabón fundamental para reconstruir la historia paraguaya:

Gracias a la carencia de otras fuentes bibliográficas, contamos con la única historia documentada del Paraguay de los siglos XVII y mitad del XVIII, escrita por un jesuita. El manejo de los documentos influyó hasta el estilo de la narración [...] Lozano imperó soberano en la historiografía paraguaya, como fuente casi única del mencionado período y hasta nuestros días. (Cardozo, 1959: 305)

Con posterioridad a estos autores, los estudios de Altieri que acompañaron la publicación de la *Descripción del Chaco* remiten a la utilidad de la obra, la capacidad del autor y la abundancia de noticias etnográficas que brindaba. Altieri, al igual que Furlong, se enmarca en una época en la cual los estudios históricos buscaban anclar los orígenes de Argentina a una nación católica, conocido como el «mito de la nación católica», vinculando la relectura del pasado nacional, la crítica del presente y un proyecto para el futuro revalorizando el pasado colonial hispánico.

Los estudios que abordaban la figura de Lozano se detienen en los años 60, aunque permaneció establecida en el abanico de historiadores y fue considerada de lectura obligada tanto para reconstruir el accionar de los jesuitas como el pasado colonial de las regiones rioplatenses y de los procesos históricos que estas tuvieron, así como para recabar información de los documentos que Lozano incorporaba a sus obras.

El interés sobre esta figura fue retomado en Argentina por Ernesto Maeder al conformar un equipo para reeditar *La historia de la conquista*. Maeder afirmaba: «el padre Lozano dejaba tras de sí una obra erudita, silenciosamente elaborada, que lo acreditaba como el más importante y laborioso de los historiadores de la provincia jesuítica del Paraguay» (Maeder, 2010). Planteaba su trabajo de edición de *La historia de la conquista*, munido de la experiencia y los avances historiográficos del siglo XX, como una forma de saldar

una deuda de la historiografía argentina con el autor jesuita, ya que las publicaciones más recientes se basaban en el interés por acercar a un grupo creciente de investigadores las obras de difícil acceso del pasado colonial, a fin de ser utilizadas para estudios históricos e historiográficos que buscan recuperar ese pasado desde nuevas preguntas.

Sin duda, las renovaciones historiográficas nos permiten hacer nuevas preguntas que nos ayudan a explicar los escritos del pasado y sus autores para comprender los condicionantes y sus formas de escritura. Nos propusimos repensar a Lozano desde los catálogos que sus superiores escribían para señalar sus características personales y sus condiciones para el trabajo que se le encargaba desde la institución. En este sentido, coinciden las apreciaciones que se realizan sobre él con las características requeridas para un historiador jesuita que había señalado el general Acquaviva, quien destaca su habilidad, su juicio y su prudencia puestos en una tarea casi exclusiva hasta su muerte. Por otra parte, estas mismas condiciones hicieron que sus trabajos nos sean tan útiles para la reconstrucción del pasado colonial rioplatense y su figura como historiador, remarcada especialmente desde mediados del siglo XIX.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALCÁNTARA BOJORGE, Dante (2009). «El proyecto historiográfico de Claudio Acquaviva y la construcción de la Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España a principios del siglo XVII». *Estudios de Historia Novohispana*, (40), 57-80. México: Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM.
- ALEJOS GRAU, Carmen José (2007). «El método histórico en Juan de Velazco». En Marcial, M. y Bacigalupo, L. (eds.) *Los jesuitas y la modernidad*. Vol. 2. (pp. 33-47). Lima: IFEA, PUCP, UP.
- Archivum Romanum Societati Iesu [Arsi] (1715-1753). *Catalogus Publicus Provinciae Paraquaria*, Paraquaria 6.
- \_\_\_\_ (1715-1753). *Catalogus Secretum Provinciae Paraquaria*, Paraquaria 6.
- ASTRAIN, Antonio (1912). *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*. Madrid: Razón y Fe.
- BREZZO, Liliانا (2010). «La Historia y los historiadores». En Telesca, I. et al. (eds.) *Historia del Paraguay*. Asunción: Taurus.
- CARDOZO, Efraín (1959). *Historiografía paraguaya*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- CARBIA, Rómulo (1940). *Historia crítica de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Coni.
- CARGNEL, Josefina G. (2015). *La historiografía de la Compañía de Jesús. Pedro Lozano, su historiador* [Inédito]. Tesis de Doctorado. Córdoba: FFyH-UNC.
- CATTARUZZA, Alejandro y Eujanian, Alejandro (2003). *Políticas de la Historia. Argentina 1860-1960*. Madrid-Buenos Aires: Alianza.
- FURLONG, Guillermo (1930). «El Padre Pedro Lozano, su personalidad y su obra. Bibliografía». *Apartado de la Revista de la Sociedad de Amigos de la Arqueología*. Tomo IV. Montevideo: El siglo Ilustrado.

- \_\_\_\_\_. (1946). *Los jesuitas y la cultura rioplatense*. Buenos Aires: Huarpe.
- \_\_\_\_\_. (1950). *Pedro Lozano y sus observaciones al Manifiesto de Vargas*. Buenos Aires: Librería del Plata.
- \_\_\_\_\_. (1959). *Pedro Lozano y sus Observaciones a Vargas*. Buenos Aires: Librería del Plata.
- IMOLESI, María Elena (2014). «Los trabajos y los días de Pablo Hernández, historiador, según fuentes del Archivo Romano de la Compañía de Jesús». *XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Facultad de Humanidades-UNCU.
- JUSTO, María de la Soledad (2006). *Catálogo del Archivo Paraquaria del Archivo Romano de la Compañía de Jesús*. Buenos Aires: Instituto de Altos Estudios sociales (Idaes) de la Universidad de San Martín (Unsam).
- LAMAS, Andrés (1882). Edición e Introducción. En Guevara, J. (ed.) *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Buenos Aires: Biblioteca del Río de la Plata.
- LEONHARDT, Carlos (1925). «El Padre Pedro Lozano historiador rioplatense. Nuevas noticias para su biografía». *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*. Trimestral Año III, (23), 201-232.
- MAEDER, Ernesto (2010). Estudio preliminar y edición. En Lozano, P. (ed.) *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- MENDIOLA, Alfonso (2005). «El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado». En Morales Morenos, L. (comp.) *Historia de la historiografía contemporánea (de 1968 a nuestros días)*. México: Instituto Mora.
- MORALES, Martín (2005). *A mis manos han llegado. Cartas de los PP. Generales a la antigua provincia del Paraguay (1608-1639)*. Madrid-Roma: Comillas, Institutum Historicum Societatis Iesu.
- NEGREDO DEL CERRO, Fernando (1994). «Levantar la doctrina hasta los cielos. El sermón como instrumento de adoctrinamiento». En Martínez Ruiz, E. y Suarez Grimón, V. y otros (eds.) *Iglesia y sociedad en el Antiguo Régimen* (pp. 55-64). España: Universidad Las Palmas de Gran Canaria.
- O'NEILL, Charles y Domínguez, Joaquín (2001). *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- PERRONE, Nicolás (2018). Entrada «Catálogo» En Chinchilla, Perla (dir.) *Lexicón de formas discursivas cultivadas por la Compañía de Jesús*. México: Universidad Iberoamericana.
- RAE (1729). *Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española*. Academia de Autoridades. Disponible en <http://www.rae.es>. Consultado 15/10/2014.
- ROMANO, Antonella (2007). «Actividad científica y Nuevo Mundo: el papel de los jesuitas en el desarrollo de la modernidad en Iberoamérica». *Coloquio internacional Los jesuitas y la modernidad en Iberoamérica* (pp.1549-1773). Lima, del 7 al 11 de abril de 2003. Lima: Fondo Editorial de la Universidad del Pacífico.
- SOMMERVOGEL, Carlos (1960). *Bibliothèque de la Compagnie de Jesu*. Tome V. Bruselas: Prov. de Bélgica.

